ENSAYO

MANUEL MANTERO: *La poesía del yo al nosotros*. Colección «Punto Omega», núm. 135. Edit. Guadarrama. Madrid, 1971. 224 págs. Ø11×18Ø.

La prosa crítica de Manuel Mantero es imaginativa, frecuentada de metáforas y de comparaciones sugerentes. Prosa de quien escribe dominando el tema —profesor—, que sabe bien lo que es la poesía «por dentro» —poeta—, y prosa de creador. De suerte que a las páginas de su libro cuadra la calificación de amenidad que él atribuye —no sin cierta sorpresa para el lector— a algunos poetas, dando a la palabra un sentido preciso de fuerza atrayente.

Abre el volumen un excelente trabajo en torno a Leopardi. Leopardi, o la enfermedad del individualismo; el «yo» irremediable, según Mantero. En él se plantea la cuestión de la soledad. Mantero recuerda una frase de Papini: «Los poetas grandes y verdaderos están solos.» También hubiera podido recordar a Luis Cernuda: «Siempre viven y mueren a solas los poetas.» El pesimismo leopardiano lo arrastró a la desesperación, mas, paradójicamente, hay en él un enérgico vitalismo. Es quizá éste el más profundo ensayo del volumen. No en balde viene Mantero preocupado desde hace muchos años por el gran romántico italiano, al que dedicó su tesis doctoral.

Como un místico fracasado se ve por Mantero a Baudelaire, quien dijo buscar la belleza del mal, aunque acaso lo que le movió fue su rebeldía frente al mundo. Queda subrayado también el placer de la creación estética que en su poesía crece.

Otros ensayos analizan el arrepentimiento de Verlaine, la «anticipación a sí mismo» que supone la obra de Rimbaud y la original creación de imágenes, luego aprovechadas por el superrealismo, de Lautréamont. Este último es un estudio minucioso y bien realizado, que no logra desvanacer —claro que no tenía por qué proponérselo siquiera— la impresión que uno tiene, apoyado en la sucinta referencia biográfica conocida, de que Isidoro Ducasse fue un señorito con ocio suficiente para entretenerse en vestir su «yo» de demonio terrible.

Contemplando su «yo» en el espejo, Mallarmé o la poesía como secreto, y Valéry o la poesía como matemática, dan pie a Manuel Mantero para un buen estudio del simbolismo.

El otro poeta no castellano que figura en el índice es Salvatore Quasimodo y en él el equilibrio entre tradición y revolución.

De los estudios dedicados a autores hispanoamericanos encuentro especialmente interesante, por poco trillado, el que se dedica a Julio Herrera y Reissig, como precursor del superrealismo y acreedor de los elogios tributados por la generación del 27.

Rubén Darío es el único de los dieciocho poetas comentados que recibe triple atención. Mantero pone singular énfasis en la comprensión de Rubén como poeta existencial, lo que sin duda es acertado desde ciertas zonas de su amplísima obra. (Otro poeta, Ramón de Garciasol, ha escrito mucho sobre esto.) En uno de los capítulos sobre Darío, Mantero aprovecha para deshacer el equívoco de un poema que él mismo escribió, atribuyéndolo al gran nicaragüense para demostrar el talante agónico sustancial de su poesía. El «pastiche», realizado por cierto con muy buena mano, apareció en el número 360-361 de esta Revista. Bueno es que aquí, en la propia ESTAFETA LITERARIA, quede constancia de la aclaración.

César Vallejo, humano y social, cuya poesía *sirve* al hombre, y el chileno Nicanor Parra, son objeto de sendos trabajos.

Ya entre los españoles, la generación del 27. Y de ella, Alberti, Guillén, Aleixandre y Dámaso Alonso. Para mi gusto, el más logrado es el que estudia la obra de Dámaso Alonso, a quien Mantero atribuye influencia decisiva en el cambio de la sensibilidad poética de nuestro tiempo. Es también original la diferenciación de la poesía de la vista, en Alberti, y la poesía del oído, en Lorca.

El brasileño Cabral de Melo y el cordobés Ricardo Molino —este último con una breve carta en la ocasión de su muerte— completan el índice de estos estudios de Manuel Mantero, realizados con inteligencia e interesantes interpretaciones.

Creo que hubiera sido útil, en una coleción de bolsillo como la que pone en circulación el volumen, traducir al castellano las citas en idiomas extranjeros, las cuales sólo pueden mantenerse en su original cuando se trata de libros para especialistas. Esto cobra mucho bulto en el capítulo sobre Lautréamont, pues el 35 por 100 de sus 17 páginas va en francés.

La hebra unitiva que el título apunta —«la poesía del yo al nosotros»— es feble. Tal vez no busca sino marcar pauta común a un volumen colecticio, cuyos ensayos sólo la justifican con algún hito en la evolución de la aludida peripecia poética. En realidad se trata de estudios independientes, y esto libera al autor de seguir más rigurosamente el itinerario. De otra suerte, no hubieran podido omitirse otros nombres, jalones esenciales. Es de desear, y sin duda no es improbable, que el propio Manuel Mantero, a vueltas con sus estudios críticos, nos complete en futuras ocasiones el curso histórico de esa evolución, literaria, cultural y socialmente significativa, de la poesía de nuestro tiempo.

LEOPOLDO DE LUIS

LIBROS DE MAYOR VENTA DURANTE EL MES DE FEBRERO

1.º «Condenados a vivir», de José María Gironella. Editorial Planeta.

2.º «Mis amigos mexicanos», de Luis de Tena. Editorial Planeta.

3.º «Conversiones Gran Sexto», de Angel Palomino. Editorial Aguilar.

4.º «Este país», de Mariño. Editorial [illegible].

5.º «Leña verde», de Luis Berenguer. Editorial [illegible].

6.º «El Plan de Desarrollo Económico y Social». Editorial [illegible].

7.º «Memorias de la Reina Isabel», de la Reina Isabel. Editorial Aguilar del Tura.

8.º «Dracula», de F. Forsyth. Editorial Plaza-Janés.

9.º «El palacio», de María Pura. Editorial Grijalbo.

10. «La reina mora», de María Pura. Editorial Grijalbo.